

Todo podía ser una pauta. Todo. Pero Alphabet había decidido fiarse de su instinto. Cuando aquel anciano le habló de la cabeza, él se estremeció y comprendió. Así pues, seguiría esperando ese estremecimiento, esa comprensión. Y, por encima de todo, seguiría esperando el juicio de los hombres.

—*Acento*, *Acento* —le dijo a su mula—, este mundo nuestro es el lugar más prodigioso jamás imaginado, ¿no es cierto?

Tardó tres días en divisar un nuevo poblado en la margen izquierda de la senda por la cual transitaba. Apenas había en él una docena de casas, pero, en cambio, las cabezas de ganado eran abundantes. Para protegerlas e impedir que se escaparan, una larga cerca las rodeaba. Los pastos que se extendían por doquier eran verdes y jugosos, de ahí que el ganado tuviera aquel aspecto tan impresionante.

Al igual que aquellas gentes.

Cuando se detuvo a la entrada del poblado, aparecieron algunos niños y niñas, sus padres y también sus mayores. Le dieron la bienvenida a la

antigua usanza, de acuerdo con sus tradiciones, según las cuales todo caminante tiene derecho a un cuenco de sopa y un techo bajo el que pasar la noche. Le preguntaron de dónde venía y se sorprendieron de que tras las montañas de la Gran Cordillera, como la llamaban ellos, existieran pueblos habitados. Antes de dormir, hablaron mucho y se alegraron de haberlo conocido, como Alphabet se alegró de haberlos conocido a ellos.

Aquella noche tuvo por segunda vez aquel estremecimiento, pero no logró discernir de dónde provenía, qué se lo producía, qué había visto que pudiera darle pie a forjar un nuevo símbolo. Y se durmió sin darse cuenta.

Soñó con *Abecedaria*, y con el hijo que esperaba.

Tal vez pudiera regresar antes de que naciera.

Por la mañana, al romper el alba, Alphabet se dispuso a partir. Salió del pajar en el que había dormido, preparó a *Acento* y miró los animales del ganado rodeados por la cerca. Una voz sonó a su lado:

—Esta es nuestra fuente de vida.

CAPÍTULO 28

De cómo concluyó la historia del nacimiento de las letras y se convirtió en leyenda

Quiso el rey Shafed otorgar los máximos honores del viejo reino de Anihabarad a su herrero, pero él los rechazó.

Quiso el rey Shafed que Alphabet fuese desde entonces tan hijo suyo como los hijos e hijas que colmaban su casa de felicidad, pero él le pidió seguir siendo lo que siempre había sido, un buen súbdito, leal y honesto, y su herrero, aunque ahora elevado a la mayor y mejor de las categorías: la de amigo.

Quiso el rey Shafed que su historia fuese la primera escrita en Anihabarad.

Y así se hizo.

La primera de las miles, miles, miles de historias que desde entonces han poblado el mundo,

llenándolo de belleza, fantasía, amor, intensidad, pasión, verdad, sueños, ilusiones...

Después...

Pasaron los días, las semanas, los meses, los años, los lustros, las décadas, los siglos...

Quedó la leyenda, que es lo que siempre pervive.

Tal vez sucediera así, o tal vez no. ¿Cómo saberlo?

Yo solo he utilizado letras, palabras, para darle forma a la historia según lo que sé, como hizo aquel herrero con los signos de la vida.